

**Febrero 6, 2002**

## **La sobrevivencia de los ineptos o la Ley de Darwin al revés**

**Por Agustín Saavedra Weise**

Charles Darwin ilustró la evolución de las especies a partir de la sobrevivencia de los más aptos. Su teoría pasó a ser uno de los paradigmas básicos del pensamiento humano y se extendió mucho más allá del campo de las ciencias naturales.

A partir de los estudios del gran pensador inglés se elaboró todo un cuerpo de ideas, llegando incluso a popularizarse el término “darwinismo social”, mediante el cual se tomaba al “cuerpo” socio-político de las comunidades organizadas como mero marco de referencia para una despiadada competencia, con el presunto triunfo de los “más aptos” y el alejamiento de los que –en ese contexto– son “menos aptos” .

Este peculiar tipo de darwinismo obliga al manejo de una sociedad basada en valores totalmente alejados de la filosofía humana, una sociedad cruel y desprovista de ética, donde el valor e intelecto se miden por la cantidad de dinero en una libreta de cheques o por los triunfos y logros estrictamente materiales, que además se obtienen muchas veces bajo formas dudosas. Es un poco lo que ineluctablemente sucede con algunos “modelos”, como ocurre ahora en Bolivia a casi 17 años del plan de estabilización que dio origen al llamado “neoliberalismo” .

En el país y en América Latina se observa tangiblemente una nueva “mini-rosca” política, cada vez más poderosa y cerrada, mientras las naciones están cada vez más alejadas de esa realidad íntima de unos pocos. Esa nueva oligarquía que maneja los hilos del poder oculta su perversidad funcional bajo el mantón de la democracia formal y se defiende a ultranza –mediante sofisticadas mentiras– de sus “enemigos” , básicamente del propio pueblo y de quienes osan desafiar sus prebendas o incursionar en lo que ellos consideran su coto privado.

Como prueba de lo aseverado, basta observar la enorme cantidad de políticos que permanecen en Bolivia como congresales y rotando en diversos cargos públicos desde 1982 (por citar un año base), y con pocas entradas de nuevos participantes a ese círculo privilegiado.

Son los componentes de esta “élite del poder” los que han manejado –y manejan– sutiles pero importantes hilos del sistema político y casi siempre en su propio beneficio.

Es así como Bolivia –en su perenne atraso– sigue brindando oportunidades a estos grupos ambiciosos, mientras no se las proporciona a su inmensa mayoría de habitantes, desamparados e inermes ante los establecidos mecanismos de manejo de influencias.

Los pocos que podrían ser capaces de frenar estos peligrosos avances, carecen de medios económicos para enfrentarse con los nuevos “rosqueros” . Otros hombres y mujeres también capaces de enfrentar a esa nueva rosca, se han resignado a ser sus empleados o bien, se alejaron de la política ante su impotencia para cambiar la perversa tendencia y hasta por la propia necesidad de sobrevivir, de esforzarse por ganar el sustento diario.

Mientras, los eternos dueños del poder siguen su desenfadado camino sin nadie que los desafíe y les haga frente.

Algunos paladines asoman por el horizonte para desafiar al “sistema” y más allá de gustos o disgustos, merecen ser escuchados y prestarles atención, por lo menos mientras presenten una diferencia frente a los políticos tradicionales. Sin embargo, casi con seguridad ingresarán a la rosca una vez sean “aceptados” por sus cofrades, adversarios de hoy y quizá aliados de mañana en la causa común de pasarse la pelota del poder, con el pueblo como mero espectador o –peor aún– como idiota útil que deposita su voto y listo, no sirve luego para otra cosa.

En la históricamente enferma sociedad latinoamericana en general –y boliviana en particular– y con las honrosas excepciones del caso, pareciera ser que tenemos, pues, una ley de Darwin al revés: los más aptos quedan en el camino (o no desean o no los dejan participar) y son los ineptos los que siguen adelante. Así le ha ido y le va al país y a toda la región...

Sin embargo, una luz de esperanza asoma en el horizonte y viene al repique de ollas vacías. En efecto, los cacero-lazos argentinos están haciendo sentir el peso popular, reflejan el sentir de la gente y sus ecos reverberan en todo el continente anunciando la hora del cambio, la hora de la nueva representatividad popular, representatividad que barrerá con toda una generación de políticos acostumbrados a servirse del pueblo en lugar de servirlo y fundará una democracia efectiva, no meramente formalista.

-----00000-----